



# La escuela libertaria

*Ramón Castillo*



Immanuel Kant

EL PREMIO NOBEL DE LITERATURA J. M. COETZEE sugiere que la raíz ontológica de la ofensa nace de un temor. El allanamiento en la susceptibilidad del ofendido hace evidente un miedo, o con mayor propiedad, un sentimiento de amenaza puesto al descubierto por la injuria. Ofenderse coloca de frente al ofendido con la “experiencia o la premonición de ser privado de poder”.

La cuestión intrínseca al acto de ofender es la estratagema de hacer diminutos a los grandes, reducir su fuerza a una vergonzosa debilidad, replugar al poderoso a los terrenos del ínfimo agresor y, momentáneamente, estar al mismo nivel. Baste recordar que el rey se ofendió cuando un niño se burló de él al declarar la obvia desnudez, reduciendo la magnificencia real a la esperpéntica magnitud de sus bofas carnes. La posibilidad de ser ofendido es directamente proporcional a la envergadura de la fuerza detentada, el gran tamaño del objetivo facilita que todas las pedradas den en el blanco.

Así, las grandes instituciones, las figuras demasiado llamativas, son presa fácil para las masas enardecidas o los intereses contrarios a ellas. En este caso, cuando aludimos a la ofendida, a la humillada, nos referimos a esa venerable práctica que ha acompañado al género humano desde hace varios siglos; algunos aventuran que desde que el hombre se concibió como tal, ahí estaba ella espoleando con la duda, mortificando con las pesadillas de la razón, azuzando con la claridad del pensamiento bien temperado.



La filosofía padece, pues, las consecuencias de su longevidad; su aparatosa tradición y vetusto orgullo la hacen demasiado fácil de ser alcanzada por la injuria, la ineptitud y la estulticia. En dicho panorama, es preciso reconocer que un fantasma recorre todas las aulas en las que se imparte la filosofía en el mundo: el espectro de un destino signado por la disolución y el abandono debido a la indiferencia y el calificativo de inutilidad que se le ha endilgado, posiblemente no siempre de manera injusta. ¿Estamos ante una nueva etapa de oscurantismo? ¿Es, de verdad, el momento en el que finalmente la racionalidad quedará abolida frente a los imperativos del mercado, los medios masivos y las inercias del culto a la opinión?

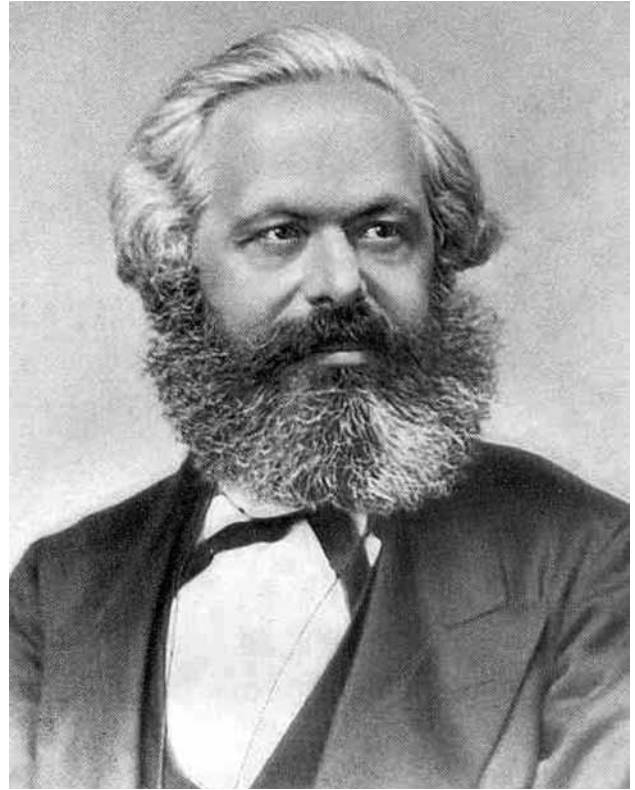
Para dejar el terreno de la mera conjetura e intentar una aproximación más cercana a la realidad concreta, sin amarillismos ni vestiduras desgarradas, aterricemos en *La filosofía, una escuela de la libertad*. Este es el título de una obra extravagante no por su contenido, o quizá sí, pero sobre todo por su propia existencia que, dentro del panorama mundial de los estudios filosóficos, cumple una doble función antagónica. Su aparición denota una falta, un hueco que existía pero tal vez a muy pocos interesaba, y que ahora, a la vez que descubre ese hoy negro, lo sacia con un cúmulo de datos, cuadros, descripciones y comparativos.

El libro es un informe, no un texto filosófico; es una valiosa herramienta, no un cúmulo de respuestas; es una instantánea panorámica, omnívora y exhaustiva, dentro de los límites que ella misma se impone, pero no se puede decir que sea un corpus terminado puesto que apenas es un primer y significativo paso para comprender, de manera más completa y compleja, el estado actual de la enseñanza de la filosofía en el mundo.

*La filosofía, una escuela de libertad* es un texto imprescindible para estudiantes, profesores y demás interesados en el estudio de la filosofía. Es, por supuesto, un texto de lectura obligatoria para las autoridades gubernamentales, las plumas que firman dictámenes para certificar nuevos planes de estudio y que, sin empacho, han reulado en sus promesas para reivindicar la enseñanza de la filosofía en el nivel medio superior.

La historia de este libro, o del impulso que lo hizo posible, se remonta a 1946, cuando junto con el bizco y mofetudo Jean-Paul Sartre varios eminentes pensadores fueron convocados por la UNESCO para lanzar un programa en materia de filosofía. Posteriormente se creó el Consejo Internacional de la Filosofía y de las Ciencias humanas, alrededor de 1949, y, al año siguiente, se acordó que se realizaría “una encuesta sobre el lugar que ocupa la enseñanza de la filosofía en los diversos sistemas de ocupación, sobre la forma en que se da y sobre la influencia que ejerce en la formación del ciudadano”.

Este tipo de esfuerzos se fueron sucediendo a lo largo de las décadas siguientes, de manera regional en muchas ocasiones, para alcanzar un cenit en la *Declaración de París a favor de la filosofía*, en 1995. El



objetivo, simple pero necesario, consiste en declarar que es impostergable “hacer hincapié en que la enseñanza de la filosofía debe mantenerse o ampliarse donde ya existe, implementarse donde aún no existe y ser nombrada explícitamente con la palabra filosofía”. Para aquellos hombres y mujeres necios que acusáis a la filosofía cuando sois la ocasión de lo mismo que culpáis, les facilitamos la traducción simultánea de lo dicho: la filosofía no debe desaparecer y mucho menos diluirse en transversalidades poco definidas, punto.

En este volumen histórico, pues desde el primer informe de 1950 no se había realizado otro esfuerzo de los mismos alcances y pluralidad, nos encontramos con casi trescientas páginas, a columna doble, donde se congregan las respuestas de varios países a un cuestionario formulado por la UNESCO y que, para favorecer la exposición, se dividen en cinco grandes apartados principales. Uno solo de ellos es el que en primera lectura, al menos en nuestro país, parece más urgente: la filosofía en el nivel medio-superior, su importancia y diversas aproximaciones para impartir su enseñanza. Sin embargo, la pertinencia del texto se hace todavía más patente en el resto de subdivisiones, precisamente porque no suelen ser acercamientos con mucho *rating* dentro de la concepción habitual del pensamiento filosófico en los planes de estudio. La práctica de la filosofía en los niveles preescolar, primario, secundario así como en espacios no académicos son, pese a ocasionales y posiblemente ineludibles pasajes de aridez, refrescantes por el acercamiento a este tipo de prácticas. Gracias a este tipo de esfuerzos es posible obtener válidas formas de ampliar horizontes y comprender, mediante el asomo a otras sensibilidades culturales, políticas e incluso religiosas, posibles derroteros nuevos en la enseñanza de la filosofía.

De hecho, la novedad más importante, aquella que le interesa con mayor notoriedad a la UNESCO es aquel intento por llevar la filosofía a los niños, la intención es crear una generación ilustrada no necesariamente en el paradigma histórico-doctrinario de los estudios en esta materia sino, y todavía más importante, en aprender a pensar y, por tanto, generar ciudadanos con mayor actividad dentro de sus círculos de participación e influencia.

Pese a que tal promesa se vislumbra beneficiosa, las dudas suscitadas por dicha perspectiva se congregan con mayor énfasis en la pregunta, ancestral y polémica, escurridiza y obligatoria, que define a la filosofía. Es decir, ¿qué es la filosofía? A partir de la respuesta, cualquiera que esta sea, entonces, ¿un niño puede filosofar? Y, de ser posible, ¿qué se entiende por filosofía en un contexto de seres que todavía no alcanzan el metro de estatura y apenas comienza a articular palabra? La apuesta de la UNESCO se comprende, explica y sostiene mediante su exposición. Se presenta un argumento en contra y de inmediato se le opone un contraargumento para contrarrestar la primera postura y, luego, seguir con la exposición como si todo fuera tan evidente que no ameritara mayor detalle. Pero no hay que ser injustos,

Georg Wilhelm Friedrich Hegel



la bibliografía es abundante y siempre consigna a los implicados en los debates que se describen, además, como se mencionó con anterioridad, el texto no pretende asumir un carácter filosófico sino, con mayor modestia y precisión, un reporte global, la acumulación de experiencias y datos duros para facilitar la comunicación entre interesados en la enseñanza de la *sophia*. La respuesta de la UNESCO es, pues, acorde y coherente a sus propios fundamentos, apuesta por un enfoque que aún está, literalmente, en pañales, pero que, no obstante, cuenta ya con suficiente camino recorrido como para extender su práctica.

Lo rescatable, en cualquier caso, es la tentativa de recorrer una vía poco transitada; proveer de aprendizajes nacidos de experimentos e intentos llevados a cabo por todo el mundo. Algunos con mayor éxito que otros, aunque siempre con la intención declarada de fomentar el cultivo de la más antigua de las ciencias. Los casos expuestos son valiosos debido a la diversidad de ejemplos. En Francia, por citar uno de ellos y enfatizar las diferencias globales, a los niños se les invita a participar en algo parecido a clubes de lectura donde se fomentan “debates de interpretación sobre obras literarias [...] mediante Discusiones con un Propósito Filosófico”,

cuando aquí, los niños de primaria son evaluados por su velocidad para pronunciar palabras en la lectura y no necesariamente la comprensión de lo leído.

Esto nos lleva a una objeción simple en la que debemos reconocer que los infantes, como cualquier persona, están inmersos en núcleos sociales en los que la filosofía no está presente y ellos, en última instancia, no tiene poder de decisión o reconocimiento respecto a los beneficios que pueda reportar el estudio de tal disciplina. El modelo no es erróneo, por supuesto, como tampoco se pretende minimizar o entorpecer su aplicación; sin embargo, queda pendiente la pregunta sobre el cómo efectuar tal proeza en un país dominado por la política ficción, las telenovelas baratas y el penúltimo índice más bajo de lectura en la OCDE. Pero la esperanza, dicen, debe morir al último.

Ahora bien, conforme las páginas avanzan uno se pregunta, al contemplar el estado de las cosas en el orbe filosófico, si los filósofos no deberían aprender, para comenzar, a ganarse el respeto que exigen no repitiendo los mismos argumentos una y otra vez sino a reformular su discurso con inteligencia y cuidado. Más adelante, tal sospecha se confirma, la misma invitación o regaño, llamada de atención o consejo se patentiza en el cuerpo del libro: “una parte importante de la responsabilidad recae en los filósofos mismos, que rehúsan a veces abordar esos campos, que se abandonan a los pedagogos, a los psicólogos o a un individuo cualquiera”. Estamos frente a un repliegue de los practicantes en el solipsismo académico o el resignado encierro en una falta de creatividad o en la derrota del pensamiento por el pensamiento mismo. Nadie lo sabe, tal vez ni siquiera ellos, pensadores de la sospecha, lo adivinan.

Sin embargo, en esta supuesta aporía quizá radique la mayor fortaleza de la disciplina, del ejercicio exigente,



plural y amplio del pensamiento. Retomemos aquí una vez más a Coetzee para recordar las enseñanzas de Erasmo. En uno de los ensayos que conforman el volumen *Contra la censura*, el sudafricano rescata, y de hecho lo hace a lo largo de todo el libro, el espíritu dubitativo, quizá hasta tembloroso del autor del *Elogio de la Estupidez*, nombre más cercano al original latino otorgado por Erasmo de Rotterdam a la que tal vez sea su obra más conocida, *Stultitiae laus*.

En palabras del autor de *Desgracia*, para eludir la ofensa, para colocarnos en una postura aguda y racional asumamos, a la manera del amigo de Tomás Moro, una “crítica insegura, no vacilante pero tampoco segura de sí misma”, en este caso, respecto a la verdadera dimensión del problema al que se enfrentan los estudios filosóficos no sólo en México sino en todo el mundo, preguntémosnos si en verdad vale la pena ofenderse, en el sentido aludido líneas arriba, por el desprestigio de la madre de todas las ciencias en aras de los resultados

cuantificables, las competencias pragmáticas y el estigma del utilitarismo más superficial y vano.

La verdadera posibilidad de la filosofía consiste en asumirse como lo que es, no un manual de respuestas para toda ocasión, jamás un discurso completo, mejor una conversación abierta todavía inconclusa en la que hombres y mujeres pueden aportar, desde una trinchera que tome como punto de partida el rigor intelectual, su turno para enriquecer el diálogo y el aprendizaje. *Filosofía, una escuela de la libertad* nos recuerda que el filosofar es un ejercicio vivo que pese a las dificultades no ha sido aniquilado, ni lo será, por la apatía general. Lo más importante que podemos extraer de este volumen coordinado por la UNESCO es la amplitud de posibilidades pedagógicas, muchas de ellas ya puestas a prueba, que demuestran que más allá de los cánones tradicionales hay otras formas de comprender y ejercitar el viejo arte de pensar por uno mismo. Esa es, después de todo, la principal enseñanza que se ha extendido desde que el primer hombre se arrobara frente al universo fuera y dentro de él.

Tal vez, para recordar el principio de la Gaiety ciencia nietzscheana, este volumen nos hable de una mejoría del paciente que antes se declaraba moribundo. La enfermedad, pareciera, ha comenzado a ceder; ahora la labor del médico-filósofo consiste en prestar atención a su paciente e intentar un nuevo tratamiento, tal vez más radical e insospechado. Sin embargo, para atenernos a la enseñanza erasmiana, no podemos asegurar que esta sea la verdad, pero sin duda, como buenos filósofos, será preciso ensayar este pensamiento. ■

*La filosofía, una escuela de la libertad*

México, UNESCO / UAM Iztapalapa, 2011, 277 pp.